

Por la autora de *LA PSICÓLOGA*

LA HERENCIA



HELENE
FLOOD

HELENE FLOOD

LA HERENCIA

Traducción de Inger-Lise Østrem
y José Arconada Rodríguez

Título original: *Enken*

© Helene Flood, 2023

First published by H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard) in Oslo, 2023

Published in agreement with Oslo Literary Agency and Casanovas & Lynch Literary Agency

© por la traducción, Inger-Lise Østrem y José Arconada Rodríguez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2025

ISBN: 978-84-08-29775-8

Depósito legal: B. 22.029-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

Justo antes de que lleguen, enciendo todas las velas. Las de la mesa del comedor, las del aparador, las del estante. Me tomo mi tiempo. Supongo que quiero mostrarles algo, con tanta vela encendida, aunque estemos en junio y fuera todavía haya claridad. Que no tengo miedo, tal vez.

Pero ¿acaso es verdad? Las llamas vacilan sobre la superficie de la mesa. Oigo a mi espalda el péndulo del reloj del salón, como suspiros pausados. Sí. Yo creo que sí. Estoy tensa, es cierto. Puede que un poco nerviosa también. Pero, sobre todo, estoy preparada.

Fuera el cielo está cubierto y hay niebla. Abro la puerta de doble hoja que da al vestíbulo de entrada y el olor a quemado me asalta de inmediato. Es acre y desagradable; apesta a ceniza amarga y a leche cortada. Así huele después de un incendio. No hay nada que huela igual. Te lastima la nariz. Es un olor que no se olvida.

El pasamanos está parcialmente chamuscado, y el papel pintado también ha sufrido. La puerta al despacho de

Erling está entreabierta. Allí dentro todo ha ardido. Paso de largo sin mirar.

Por la ventana del pasillo alcanzo a ver la calle. A decir verdad, desde aquí se divisa el barrio entero y hasta el fiordo al fondo. La cala que suele distinguirse entre los árboles queda oculta por la niebla. Eso no tiene importancia. Miro a la calle, atenta a coches que se detengan; a haces de luz que apunten hacia la casa.

Vendrán. Están en camino y no tardarán en llegar. Y no tengo miedo. Estoy lista.

CUATRO DÍAS DESPUÉS

Resuena un eco en mis oídos, incluso en medio del silencio. Es como si alguien le hubiera quitado de pronto el volumen a un altavoz que hubiese tronado durante horas y que, aun silenciado, dejara un rastro de su estruendo. Me hallo sentada en el sofá, escuchando un ruido que no existe. Me tiemblan las manos. Me apetece tomar algo que me calme los nervios, pero no me muevo. Aquí estoy, sentada y escuchando lo único que se oye en toda la casa: el tictac del reloj del salón.

La idea es que no debo estar sola. Me lo han dicho así de claro. Yo no opino lo mismo, pero reconozco en mí una tendencia a desconectar en las conversaciones. La doctora que habló con nosotros aquel día pidió verme a solas. Apenas recuerdo lo que me dijo. Ronda los cincuenta, y tiene junto a las comisuras de la boca esas líneas; surcos que décadas y décadas de sonrisas, carcajadas, gritos y voces dejan en la piel para siempre. Mientras la miraba, me pregunté en qué momento me habrían salido a mí. ¿Sería yo mayor que ella o más joven? No las había visto llegar. La primera vez que se hicieron visibles fue como si las hubiera tenido desde siempre. En eso pensaba yo mientras me

hablaba la doctora. Había hecho un hueco en el ajetreo de su día para hablar conmigo. Es de suponer que lo que me dijo era importante.

Mis hijos han resuelto que no debo vivir sola. He oído a mis hijas hablar de ello. Fue uno de estos días, puede que ayer, o el día anterior. Estaban en el despacho de Erling y yo las escuchaba desde el pasillo. Era Hanne la que hablaba, haciendo hincapié en lo que decía. Hanne suele ser la que más acapara la conversación.

—Esto va a ser un trabajón de cuidado —dijo—. Papá tenía al menos cinco cajas llenas.

Silje no reaccionaba. O puede que yo no oyera sus comentarios. Hanne comentaba todo lo que encontraba. Comprendí que asumía como suya la responsabilidad de todo. De las cosas. Se proponía ocuparse de todas ellas, de clasificarlas y hasta de tirarlas. De eso no estaba yo al tanto. Las cosas de Erling están por todas partes. ¿Y por qué no iban a estarlo? Esta es nuestra casa.

Y ahora tienen que ocuparse de mí, dijo Hanne. Silje hizo un ruido de asentimiento. Hanne siguió hablando: «Tiene que ser tan duro... Mamá no debería quedarse sola». Ah, ¿no?, pensé yo. ¿No debería? Siempre me ha gustado estar sola.

La puerta estaba entreabierta y me asomé a mirar. Las vi de pie junto al escritorio, clasificando papeles. Su agenda se encontraba sobre el escritorio, abierta. Probablemente, llena de citas y compromisos que ya nunca se van a cumplir. Mis hijas daban la espalda al pasillo desde donde las miraba. Ninguna de ellas me vio.

Hoy le toca venir a Bård. Ha llamado hace un momento para decirme que estaba en camino. Que antes debía pasar a ver a un cliente; no recuerdo en qué lugar ha dicho. ¿Era Drammen? ¿Tønsberg? He vuelto a tener uno de esos momentos. Me he descolgado de la conversación. Estos días me ha sucedido varias veces. ¿Será por lo que ha ocurrido? ¿Un efecto secundario de la conmoción? Hasta ahora, la vida me había ahorrado pérdidas mayores, aunque sí que perdí a mi padre, pero hace ya muchos años. Y una oye cosas. De otra gente. De sus difuntos. ¿Acaso alguna vez se ha hablado de eso? La incapacidad para seguir una conversación. Toda la atención se te escapa; se detiene en lo que sea en lo que se detiene la mirada, en lo primero que se te cruza a la vista. Como si el cerebro perdiera la capacidad de priorizar.

Fuera, el porche está desnudo. Si cierro los ojos veo imágenes pasajeras de Aquel Día: Maria Berger corriendo calle arriba por Nordheimbakken, gritando mi nombre. La hebilla de plástico que le sujetaba a Erling el casco de la bici bajo la barbilla; el blanco de los ojos apenas visible bajo los párpados. La mano con la alianza de matrimonio, tan conocida para mí como la mía propia, tendida en el asfalto. Las sillas sorprendentemente incómodas de la sala de espera del hospital; el taconeo de los zapatos de Hanne en el pasillo por el que llegaba corriendo. Las arrugas que le enmarcaban la boca a la doctora. La canción que sonaba en la radio del coche de Bård mientras me traía de regreso a casa: «*Oh, baby, baby, it's a wild world*». Encerrarme en casa. A solas. Y no me tomé un somnífero. Porque ¿y si

Erling volvía a casa, después de todo? Yo tendría que estar despierta para abrirle la puerta. Sabía que no iba a volver. Tampoco estaba del todo chiflada. Ya no está aquí. Me tiembla el cuerpo; siento un cosquilleo en los dedos. «Erling ha muerto.»

Eso ya lo sé. Claro está. También lo sabía en su momento. Y, sin embargo, allí me quedé, acostada en la cama. Sola. Y pensé: «Si vuelve a casa, lo oiré llegar».

Contra el fondo de la pared del comedor veo la punta del papel gris que envuelve el ramo de flores. ¿Cuándo lo habré puesto allí? ¿Habrá sido justo antes de sentarme? No lo sé. Tampoco sé cuánto tiempo llevo aquí sentada. El ramo estaba colgado de la puerta de entrada cuando he vuelto de compras hace ya rato. No he hecho nada con él. Ni siquiera lo he abierto para ver quién lo manda. Sentada a la mesa del comedor, he pasado un largo rato contemplándolo.

Hay algo que no me cuadra en todo lo que se espera de nosotros, se me ocurre pensar: todas las tareas que trae consigo un manojo de flores. Primero tienes que desenvolverlo, tirar el envoltorio, recortarle los tallos. Hay que ir a desenterrar un jarrón de las profundidades del armario. Hay que llenarlo de agua y añadir nutrientes. Luego tienes que ocuparte de las flores: cambiarles el agua, quitar las flores marchitas y acomodar el resto. Y después se mueren todas y tienes que tirar todo el tinglado, y habrá que lavar el jarrón y secarlo. Luego habrá que sacar la basura. Qué idea tan espléndida: se te muere el marido y, hala, veinte plantas distintas, cortadas de raíz y por lo tanto al borde de la muerte, y a ti te toca ocuparte de ellas, hacer lo que pue-

das con tal de postergar lo inevitable, y eso antes de comprobar tu propia ineptitud, pues al final se marchitan y mueren. Por otra parte, son cosas que se hacen, y puede que no sea razonable darles mayor importancia. Erling daba importancia a la razón. «Es una señora razonable», decía de una u otra. «Se ha portado razonablemente», decía también. Era el mayor elogio capaz de pronunciar. Y lo contrario le merecía la condena absoluta.

El reloj de pie da la hora, hecho lo cual reanuda su tic-tac. Es el verdadero pulso de la casa. Estoy sentada en el sofá, contemplando la punta del envoltorio floral. Una señora razonable iría a abrirlo. En mi imaginación lo dejo allí, apoyado en la pared del comedor. Le doy la espalda y subo desganada a la planta superior; entro en el baño y abro el armario de los medicamentos. Encuentro la caja con la marca, y la etiqueta con mi nombre impreso en hermosas letras negras: «Evy Krogh, contra el insomnio y la ansiedad». ¿Cuánto hace que no me las tomo?

Pero no es ansiedad lo que siento. No sé lo que es. Solo querría no tener nada que ver con esto.

Hoy mismo, hace unas horas, ha llamado a la puerta un joven de esa organización ecologista. Me ha presentado sus condolencias, acompañadas de una planta. «Ha sido una desgracia», ha dicho, y a continuación ha matizado: «En todo caso es una pena». Después me he quedado pensando en esa moderación. Erling tiene sesenta y ocho años. Tenía. Puede que fuera bastante mayor que los padres de ese chico. Me he abstenido de hacer ese comentario. Al menos la planta que ha traído viene en un tiesto.

Ayer vino Synne. Olav había venido ya al día siguiente del suceso, al igual que la hermana de Erling, que viajó enseguida desde Bergen. Yo estoy aquí sentada, tratando de llevar la cuenta de cuántos somos. Erling y yo llevamos una vida tranquila. No recibimos muchas visitas. Lo normal es que estemos solo él y yo, pero estos últimos días la casa es un tumulto.

Un sonido agudo rasga el aire del salón. El timbre de la puerta suena como una alarma, cortando el espacio y reclamando la entrada en acción. Ya era así cuando nos mudamos a esta casa donde antes vivían los padres de Erling. Supongo que lo haría instalar mi suegro. El timbre se ajusta al personaje. No tiene nada de acogedor. Te conmina a ponerte firme, y cada día de estos treinta y pico años he aborrecido su adusta severidad. Pero ahora me resulta reconfortante. «En pie y a moverse», dice el timbre, y mis piernas, que en otro momento me parece que no puedo controlar, obedecen.

—¡Mamá! —oigo vocear a Bård.

Por lo visto no he acudido a abrir a la velocidad que él esperaba y ha abierto él la puerta. No se ha quitado los zapatos. Igual que cuando era un niño, que se olvidaba de las reglas de la casa y ponía el suelo perdido con su calzado. Me da un vuelco el corazón solo de verlo.

Ahora es más alto que yo, y ya no es tan joven. Me da un abrazo y advierto que su cabello ha ido clareando en la parte de atrás, que aquellos rizos castaño claro han ido desapareciendo. Tiene el pelo del color que yo lo tenía cuando era más joven. Igual que Hanne. Pero a él se le está poniendo gris. Hanne ha mantenido su color, con toda probabilidad gracias a que recurre a peluquerías escandalosamente caras. Bård huele a coche y a café. Lleva una camisa celeste de buena factura. Lo libero de mi abrazo para poder mirarlo. La piel alrededor de sus ojos ha cobrado un tono gris y ha perdido elasticidad.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, y yo no le digo nada sobre sus zapatos.

—Ya ves. Más o menos —digo—. ¿Y tú?

Se lleva la mano a la frente, como para limpiarse el cansancio, y me presenta una sonrisa desganada.

—Bueno. Ya sabes.

Bård es mi primogénito. Vino al mundo —enrojecido y oloroso— cuando tenía yo veintitrés años. Era un chiquillo sensible y tímido. Casi siempre estaba de buen humor, pero si se le provocaba se ponía furioso. No está bien clasificar a los hijos, y a todos ellos los quiero por igual, pero me siento más cercana a Bård. Me resulta más fácil leerlo a él que a las chicas. Y siento por él una ternura especial. Estamos ahora comiendo sin hablar. Se me ha olvidado poner los manteles individuales, advierto. La vieja mesa de caoba del comedor era de los padres de Erling. Se raya con solo mirarla. Y hoy he puesto la grasienta caja del wok de pollo que ha traído Bård directamente encima.

Bård, de ojos vidriosos, mira sin mirar. Está lejos de aquí. ¿Estará pensando en su padre? ¿Le duele la muerte reciente? Pero no. No es eso. Una parte de él sigue en el trabajo, supongo. Estará rumiando la última reunión.

Alza la vista y se da cuenta de que lo estoy observando. Sonríe. Además, es guapo, mi chico. Al hacerse mayor perdió peso, y sus facciones son proporcionadas.

—¿Qué has hecho hoy, mamá? —pregunta.

—Nada —digo—. He estado aquí, sentada.

Eso lo sorprende. Sin duda no puede recordar la última vez que pasó un día en que no tuviera nada que hacer. Su mujer y él viven en una casa antigua que están renovando,

y sus dos hijos están apuntados a todo tipo de actividades deportivas. Cada fin de semana van a algún encuentro, a algún partido o carrera, o venden gofres, o enceran esquís y aplauden los logros deportivos de los niños. Y si no es eso, entonces están pintando tablones de madera, o trabajando en el jardín.

—¿Todo el día?

—¿Qué tendría que estar haciendo? —pregunto.

Se lo piensa, y se le dibuja una sonrisa.

—Pues ahora que lo dices...

Se acerca la caja del wok y quedan a la vista las manchas de aceite en la brillantísima superficie de la mesa. Me pregunta por el envoltorio de papel gris que ha visto encima de un mueble de la cocina.

—Unas flores que han traído —digo—. No he tenido tiempo de sacarlas.

—¿No has tenido tiempo? —Ha dejado de sonreír—. Ya lo hago yo.

Las tijeras están en el despacho. El enorme escritorio es un legado del padre de Erling, el juez Krogh, doctor en Derecho y magistrado del tribunal supremo. Es descomunal, de roble oscuro y decorado con volutas y arabescos que recogen un polvo casi imposible de retirar. Nunca me ha gustado. Heredamos una buena cantidad de muebles cuando nos mudamos a la casa, esta villa de madera oscura que se alza en lo alto de una de las colinas de Montebello. El mobiliario venía incluido. En los estantes que ocupan las paredes están todos los libros de Erling. El tablero del escritorio está vacío y despejado. Listo para trabajar en él.

Pero algo ha cambiado aquí. ¿Verdad que sí? No sé decir exactamente qué. Si el tablero impoluto del escritorio, o la silla de respaldo alto que le hace juego. Cojo las tijeras del portalápices y cuando llego a la puerta me vuelvo y miro otra vez. Está claro que algo no encaja.

Pero tal vez sea normal. Falta él, y puede que sea solo eso.

—Aquí tienes —dice Bård cuando ha quitado la primera capa de papel que envuelve el ramo. Me alcanza la tarjeta.

El sobre es blanco como la nieve, limpio, inmaculado, y la tarjeta que contiene es de papel texturizado, blanco crema. «Querida Evy —dice—, mi más sentido pésame. Erling era un amigo querido y tú también lo eres. Un saludo afectuoso. Edvard Weimer.»

El papel gris lleva un revestimiento de plástico. Bård suspira con desazón ante tanto embalaje. Yo no digo nada. Leo otra vez la tarjeta. «Un amigo querido.»

—¿Será posible? Tanto envoltorio para un ramo de flores —masculla Bård—. Papá estaría subiéndose por las paredes.

«Y tú también lo eres.»

El envoltorio encierra un ramo de veinte rosas blancas de tallo largo.

Madre se sabía las reglas para interpretar el color de las rosas. «Rojas para el amor; amarillas para la amistad; blancas para...» No me acuerdo. Hace décadas de la última vez que hablé con Edvard Weimer, pero algo me dice que es el tipo de persona que sabría esas cosas.

—¿Quién las manda? —pregunta Bård.

—Un tal Edvard —digo—. Un viejo amigo de papá.
Bård echa un vistazo a la tarjeta y frunce el ceño.
—Nunca he oído ese nombre.

Tampoco esta noche tomo somníferos, de modo que estoy más que despierta, dando vueltas y vueltas en la cama. Hacia las dos me levanto y bajo.

El pasillo está a oscuras. Solo alcanzo a ver una tenue luz de fuera que se cuela por la puerta abierta del despacho de Erling. Estoy parada y descalza en la penumbra. Me acerco a la puerta y me asomo al despacho.

Aquí hay algo que no encaja. Hay cosas que no están en su lugar. Cosas que tendrían que estar aquí no están.

¿Y qué? Las cosas cambian de lugar. Eso pasa todo el tiempo. La noche le alborota a uno las ideas. La oscuridad y el silencio hacen que las cosas que nos rodean cobren otro significado. Convierten cosillas sin importancia en oscuros presagios, cualquier fruslería en siniestros augurios. Debería subir de nuevo al dormitorio, acostarme y dormir algunas horas.

Sin embargo, permanezco inmóvil. Cuento los segundos y miro a mi alrededor.